

HOMILIA CORPUS CHRISTI

Catedral de Cádiz. Domingo 18 de junio de 2017

Ciclo A – Dt 8, 2-3.14-16; 1 Co 10, 16-17; Jn 6, 51-59

Queridos hermanos, Pueblo Santo de Dios:

Nos convoca Cristo para celebrar con toda solemnidad la fiesta del Corpus Christi. Es un día para adorar al Señor y confesar públicamente con los labios y el corazón la fe en Jesucristo, Hijo único de Dios, centro y clave de todo lo creado, raíz de nuestra esperanza, fundamento último para el edificio del mundo y de la sociedad, piedra angular de la Iglesia. El día de Corpus los cristianos celebramos gozosos la presencia real del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía y recorreremos las calles y las plazas de nuestros pueblos y ciudades adorando al Santísimo Sacramento del Altar, en el que está real y verdaderamente presente Cristo vivo, el “Amor de los amores” entregado por nosotros. Cristo vive para siempre y está realmente presente con toda su persona y su vida, con todo su misterio y con todo su amor redentor, en el pan y en el vino de la Eucaristía y se da a quienes le buscan. Dice San Juan Crisóstomo que el Señor “se deja tocar, comer y abrazar por quienes lo desean”. Este derroche de amor nos hace exultar de gozo y darle infinitas gracias en nuestros hogares, en la iglesia y por la calle. ¡Gracias, Señor!

Acabamos de escuchar la Palabra de Dios que nos ha mostrado cómo el hombre, durante su peregrinar en la tierra, es un ser radical y espiritualmente hambriento (Cf. Dt 8,2ss), de modo que Dios, sabiendo de nuestra hambre radical, vino a satisfacer esa hambre interior humana y espiritual en su Hijo Jesucristo Eucaristía (cf. Jn 6): nos ha preparado un banquete con el Cuerpo y la Sangre de su Hijo. Este *Pan* es remedio de inmortalidad, como dice san Ignacio de Antioquía, es decir, es el Pan que nos garantiza la resurrección. Este pan es El. Así pues, este Pan no es sólo para ser comido en el banquete de la misa, sino también para ser contemplado y adorado y vitoreado siempre abrazándole en la intimidad y en la comunidad, y anhelando su presencia en la sociedad. Cristo en este Pan consagrado es el único que puede saciar nuestro deseo y colmarnos de esperanza en este mundo y eternamente en el gozo de poseerle por toda la eternidad.

San Pablo en la segunda lectura de hoy nos dice que *“formamos un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan”*. Al comer la Eucaristía, no sólo alimentamos nuestra alma, sino que formamos un solo cuerpo con Cristo. La Eucaristía es el medio privilegiado para edificar la Iglesia. Por eso podemos decir con san Agustín que la Eucaristía es *“sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad”*. Compartir la misma comida nos une en un mismo Cuerpo: esto es la comunión. La comunión tiene su fuente permanente en la Eucaristía. Es en este sacramento donde se fragua el amor cristiano, que se desborda en la caridad hacia los hermanos. Comulgar con Cristo nos lleva a comulgar con los hermanos, nos lleva a entregar nuestra vida en favor de los demás, como ha hecho Jesucristo. El nos alienta en nuestras tristezas, pero, además, nos convierte en pan fresco para nuestros hermanos; pan que se parte, se reparte y se comparte; para que así nuestros hermanos tengan vida y nadie muera de hambre.

En este año, aniversario de nuestra patrona, pidámosle a la Virgen, que fue quien dio su carne a Jesús, comprender como ese Jesús, que es Vida, nos da vida a nosotros a través de la Eucaristía.

“*Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida*”, dice el Señor. La Eucaristía nos da la vida, pues, lo primero y principal que contiene la Eucaristía es el mismo Cristo que no solo nos da la gracia santificante y la gracia propia del sacramento, sino que, además, nos proporciona al mismo Autor de la gracia, que se presentó a sí mismo como “la Vida”. En segundo lugar, en la Eucaristía se nos da la Víctima que se inmola. Por tanto, al recibir la víctima del sacrificio, participamos del sacrificio eucarístico, del sacrificio del altar, que es, ni más ni menos, el sacrificio de la Cruz. Lo que en el Calvario fue sacrificio cruento, en la Eucaristía es sacrificio incruento. Pero es el mismo y único sacrificio, que nos invita a nosotros a ofrecernos con Él, a hacer de nuestra vida una ofrenda permanente. La vida adquiere nuevo valor cuando es ofrecida con Jesucristo, nuestra vida se convierte en ofrenda de amor por la salvación del mundo entero.

En tercer lugar, este sacramento se nos da a modo de comida y bebida. La comida y bebida material hacen cuatro cosas: sustentar, hace crecer, reparar y deleitar. Y esas cuatro cosas son las que hace este sacramento en nuestras almas:

1º) Sostiene nuestra vida espiritual, la conserva, la mantiene y la sustenta. Por eso decía San Ambrosio: “este pan es de vida eterna, pues sustenta la sustancia de nuestra alma”. 2º) Hace crecer, nos aumenta, produciendo un aumento de la gracia, que va llevando al hombre hasta la medida de la edad perfecta en Cristo. 3º) Repara de los ataques del maligno, las tentaciones, las arideces, el polvo del camino en este peregrinar que se nos va pegando, las dificultades de adentro, de afuera, la carne, el mundo, el demonio, nos hacen perder fuerza espiritual. ¿Cómo se reparar nuestras fuerzas, cómo recuperamos sino con la Eucaristía? 4º) Y por si fuese poco, la Eucaristía deleita. La Eucaristía siempre es un manjar para el paladar del cristiano, si realmente lo es. La Eucaristía deleita por ser el mismo Cristo entregado, amigo íntimo y amante, maestro y Señor. Esto se ha mostrado de manera extraordinaria en la historia de la Iglesia, en los santos; pero de manera ordinaria se manifiesta cada día al recibir este “Pan divino y gracioso” que conforta a los enfermos, fortalece a los matrimonios, alienta a los jóvenes, cautiva a los niños.

Hemos de preguntarnos hoy ante el Señor si tengo hambre del *Pan* de vida eterna, o tengo el estómago estragado por los manjares mundanos. ¿Experimento que la Eucaristía me transforma en Jesús, y me hace pensar, sentir y amar como Cristo? ¿Comulgo en estado de amistad con el Señor? ¿Me doy tiempo para contemplar y adorar a Cristo Eucaristía en la Iglesia una y otra vez en mi vida cotidiana?

Hermanos: Cristo en la Eucaristía es misterio, es sacramento, es sacrificio. Como misterio, se cree; como sacramento, se recibe; como sacrificio, se ofrece. Se propone al entendimiento como misterio. Se da al alma como alimento. Se ofrece a Dios como homenaje. Como misterio, anonada. Como sacramento, alimenta. Como sacrificio, redime. Como misterio, es admirable. Como sacramento, es deleitable. Como sacrificio, es inefable. Como misterio, es impenetrable. Como sacramento, es presencia real. Como sacrificio, alimenta. Como sacramento, es sabrosísimo. Como

sacrificio, es valiosísimo. Como misterio, debo meditarlo. Como sacramento, debo gustarlo. Como sacrificio, debo apreciarlo sobre todo. “Este es el misterio de nuestra fe”: debo creerlo. Este es el sacramento del amor: debo amarlo. Este es el sacrificio de Dios: debo confiar en él. Como misterio se esconde en el Sagrario, pero como sacramento, alimenta, es convite, es comunión. Y como sacrificio, se inmola, es víctima. Así es la Eucaristía.

Es necesario que los cristianos manifestemos en público esa fe, sin arrogancia alguna, pero con firmeza y respeto para todos, cuando tantos cristianos pretenden vivir la fe en la clandestinidad o en el anonimato, y muchos ocultan sus convicciones. Jesús nos dice que proclamemos en las calles, «desde las terrazas» su amor sin límites, el amor de Dios entregado a los hombres para la vida del mundo en su cuerpo, en su persona. No podemos ni debemos ocultar ni silenciar al que es el Hijo de Dios venido en carne, luz para todo hombre, Camino, Verdad y Vida, reconciliación y paz, salvación para todo hombre y alivio para quien acude a Él.

¿Cómo no proclamar, a plena luz y ante las gentes, el amor de Dios que nos ha hecho hijos suyos, queridos, uniéndonos al Hijo? Ahora bien, el esplendor del Corpus ha de ser la grandiosidad de la adoración, pero más aún el brillo de la caridad y del amor fraterno, la entrega y el servicio, la solidaridad con los pobres y afligidos, la comunión eclesial, la donación gratuita de lo que somos y de cuanto tenemos a los que nos necesiten.

Las obras de caridad son exigencia misma del Sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor que nos ha de llevar a compartir el pan eucarístico y el pan de cada día que Dios ha puesto en la mesa de los hombres para todos los hombres. No podemos recibir el Cuerpo de Cristo y sentirnos alejados de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, son débiles o se encuentran enfermos, están amenazados en su vida –aunque sea no nacida– o sienten conculcada su dignidad. Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregado por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más necesitados, en los más pobres, sus hermanos con los que se identifica. Nos unimos a Jesucristo tal como está en la Eucaristía: amándonos como Él nos ha amado, compartiendo, acercándonos de manera real y efectiva a todos los crucificados y pobres de nuestro tiempo, en los que Cristo está también presente con esa otra presencia distinta a la Eucaristía, pero inseparable de ella.

De la Eucaristía ha de tomar fuerza nuestro amor a Dios y a los hermanos. La celebración y participación en los misterios de nuestra redención en el Sacramento del altar debería impulsarnos a promover la inalienable dignidad de todo ser humano por medio de la justicia, la paz y la concordia. La Eucaristía, en efecto es la gran escuela del amor fraterno. Es siembra y exigencia de fraternidad y de servicio a todos los hombres sin excepción empezando por los más necesitados en su cuerpo y en su espíritu.

Vivamos esta fiesta con profunda gratitud a Dios pues siempre está tan cerca de nosotros, aunque no somos dignos de su amor infinito. Proclamemos por las calles su amor que nos hace ser el pueblo de su misericordia. Que Cristo presente en la Eucaristía haga de nuestra vida en comunión con Él y los hermanos, una vida eucarística, rebosante de caridad y amor a los necesitados, autentica presencia de

Cristo en medio del mundo. Hermanos: vivamos gozosamente fiesta del Corpus, sigamos al Señor y haremos el mejor servicio al mundo. AMEN.